

La cultura de la permanencia en la era de la fugacidad

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE ROTA
Universidad de La Coruña

Si intentásemos caracterizar nuestra época desde el punto de vista cultural, centraríamos nuestra atención en dinámicas tan poderosas como el espectacular desarrollo tecnológico y comercial, la opulencia y el consumismo en amplios sectores de la población mundial. Destacaríamos las nuevas posibilidades de los medios de comunicación con la consiguiente construcción de redes comunicativas de todo tipo, que acercan las distancias geográficas y envuelven las diferencias culturales en una Ecumene Global. Contemplaríamos el resurgir sorprendente de las barreras sociales identitarias, con los nuevos atributos del radicalismo étnico y del integrismo religioso, sus tensiones y sus guerras. Todas estos temas han sido o son objeto de un sinnúmero de reflexiones y debates intelectuales y se han convertido en generadores de sofisticadas teorías.

Voy a centrarme aquí en un fenómeno estrechamente relacionado con todos ellos, un fenómeno por sus características especialmente apto para la interpretación antropológica de procesos básicos, peculiares de nuestra cultura. Me refiero al fenómeno creciente de la *conservación* de la herencia o patrimonio colectivos. Constituye quizá uno de los procesos cualitativamente diferenciales de nuestra época, uno de los más contundentes en sus implicaciones ideológicas y tal vez uno de los más paradójicos y desconcertantes.

Ciertamente en no pocas culturas ha habido un interés de conservar elementos pertenecientes a las generaciones anteriores o a los ancestros. Han sido sobre todo objetos o construcciones de tipo religioso las que mayoritariamente se han conservado. Ha habido también monumentos funerarios, religiosos o cívicos que se han hecho expresamente con el objeto de ser conocidos y recordados por la posteridad. Constituyan de ordinario una minoría de objetos

específicos y destinados para ese fin. No pocas veces esta herencia ha acabado siendo olvidada, descuidada o abandonada.

Dentro de la Historia Europea, el Renacimiento constituye el comienzo de una nueva actitud. Multitud de obras son consideradas como dotadas de un valor estético en virtud del cual deben de ser protegidas colectiva y oficialmente. Otras obras son pertenecientes al mundo clásico y, por este motivo, se preocupan también de su preservación, como monumentos —no intencionados en su origen— de aquellas remotas y privilegiadas épocas. Surgen los primeros museos en el sentido moderno del término bajo el patrocinio de Papas que deciden reunir en concretos lugares de Roma colecciones de obras antiguas al mismo tiempo que se dan las primeras leyes en defensa de obras del patrimonio clásico.

Los siglos siguientes amplían la admiración del mundo culto hacia obras de arte pertenecientes a otras corrientes y períodos distintos de la época clásica y que antes eran menospreciados. Asimismo las colecciones incluirán objetos correspondientes a nuevos intereses y nuevos objetivos temáticos como los reunidos en los “gabinetes de curiosidades”. Es, con todo, el romanticismo y su veneración por las ruinas, y el profundo valor que la historia adquiere en el siglo XIX, el que inicia en Europa y posteriormente en el mundo entero una nueva “Era de la conservación”. El valor histórico en sí mismo se convierte en un valor fundamental a la hora de justificar la preservación de objetos de recuerdo. Valor artístico y valor histórico se confunden e interaccionan estrechamente. Tanto uno como otro, parecen exigir un tipo de conocimiento erudito que nos permita reconocer la corriente artística, el autor, las características concretas de la obra de arte o que hagan referencia a un hecho concreto, de un valor relevante para la comprensión de la evolución histórica.

Paulatinamente sin embargo, como destacará A. Riegl, frente a este valor de lo “histórico”, hace su aparición y adquiere un papel hegemónico, el valor de antigüedad. La antigüedad de un objeto es capaz de ser entendida por una gran masa de la población sin necesidad de recurrir a los conocimientos o explicaciones de eruditos como el valor histórico y el artístico. Es, por tanto, un valor más democrático, fácilmente difundible y de más amplio impacto.

Si los procesos históricos que hemos descrito anteriormente potenciaron una progresiva ampliación del ámbito de los objetos conservables, el relieve adquirido por el valor de antigüedad contribuye notablemente a extender el horizonte de los objetos que deben ser conservados. Ciertamente esta apertura de intereses viene apoyada también por nuevos desarrollos académicos. El número de temas que interesan a especialistas de diferentes campos de la historia son cada vez mayores. La historia social, económica y política se preo-

cupa por multitud de aspectos populares frente a la actitud reduccionista orientada predominantemente a temas aristocráticos o sacros en épocas anteriores. La Historia de las Mentalidades, la Historia de la Vida Cotidiana, la Historia de la Industrialización, la Arqueología de la Edad Moderna, la Arqueología Industrial..., así como la Etnografía tradicional y el Folclore han contribuido también poderosamente al interés por conservar multitud de objetos y la Antropología ha abierto la preocupación de los europeos por mundos exóticos y potenciado la elevación de muchos de sus objetos a su aceptación dentro de la categoría de obra de arte.

El aumento del número de objetos a conservar, el interés por lo popular y lo social, las ventajas de que el visitante pueda sumergirse en todo un contexto sugiere la conveniencia de que se conservan conjuntos históricos, pueblos, acrópolis, cascos urbanos, que deben mantener sus características fundamentales. Por otra parte, la preocupación ecológica ante la polución creciente y el destrozo de formas de vida impulsa también en nuestro tiempo la conservación de importantes elementos de la naturaleza, que son contemplados de alguna manera como dotados de un valor de antigüedad semejante al de los objetos culturales. Así, se preservan bosques y parques naturales. Uniendo lo uno a lo otro, incluso se conservan conjuntos comarcales cuyos valores ecológicos e histórico-culturales tratan de salvaguardarse. Mientras los márgenes de lo que se debe de conservar aumentan en la conciencia de amplios sectores de la sociedad, la dificultad de su conservación y su peligro de destrucción crecen también bajo la acción del tiempo.

Desde el primer museo moderno, el primigenio Museo Capitolino del siglo xv, hasta el momento actual, se extiende un gigantesco proceso de museificación de nuestro mundo y nuestra vida. Cada ciudad posee en la actualidad un alto número de museos especializados en temas concretos y cada pueblo aspira a tener su propio museo. Hay multitud de salas de exposiciones temporales, hay museos itinerantes, viajeros; y los viajes de muchos de nosotros se convierten, ellos mismos, en museos. Hay tiendas de antigüedades, de objetos de arte, museos en comercio a diferentes niveles. Hay ricas colecciones privadas y familias más modestas que aspiran a convertir parte de su casa en museo. Hay museos entre paredes y museos sin paredes. Hay edificios museo, hay conjuntos y ciudades museo, ecomuseos, parques y comarcas museo... y hay museos de estos museos.

La magnitud creciente de lo que se quiere o se debe conservar convierte en problema acuciante la definición de los límites de la conservación: ¿Qué es lo que no merece ser conservado? Indudablemente muchas de las cosas que se podía discutir si merecen o no ser conservadas son cosas que se conservan

suficientemente bien sin mayor preocupación por parte de los responsables políticos y que posiblemente cuando empiecen a crear problemas empiecen a considerarse como dignas de conservación.

En contraste con esta tendencia a la conservación, nuestra cultura ha sido caracterizada también como la “cultura del tírese después de usarlo”. Es increíble el volumen de productos efímeros que nos ofrece la industria. Es ingente el porcentaje de desperdicios que genera nuestra actividad. Nuestra basura poluciona desmesuradamente el Planeta. Por otra parte, las guerras generan cotas de destrucción insospechadas. Las posibilidades de una auto-destrucción de la humanidad parece haber convencido a las gentes de nuestro tiempo con una nueva evidencia, del carácter contingente y efímero de la propia especie humana. Y no sólo esto, la *moda*, estética, intelectual, ideológica, cultural, la inestabilidad del mapa político, la propia conciencia de historicidad, fomentan la impresión de vivir en la fugacidad. No deja de ser paradójico el que un mundo acostumbrado a vivir entre tantas cosas desechables o efímeras, sea también el mundo que ha llegado a una mayor obsesión por la perpetuación de infinidad de objetos.

El fenómeno así contemplado es en multitud de aspectos nuevo y específico de nuestra época actual. Tratemos de sondear algunos de los procesos más íntimos en que se apoya, buscando como siempre analogías y contrastes con otras formas del hacer cultural. Indudablemente nuestro empeño por la conservación de lo antiguo nos introduce dentro de la compleja maraña de maneras de jugar con el tiempo presentes también en otras culturas. Es una forma de conseguir la ilusión de la permanencia. El convertir algo en permanente frente al continuo fluir de las cosas y el más dramático y existencial fluir de nosotros mismos es una de las formas fundamentales de afrontar nuestras aporías existenciales. Retener lo fugitivo, hacer al tiempo extratemporal, espacializar el tiempo, son empeños básicos de toda cosmología humana.

Pero estas formas de jugar con el tiempo tienen sus internas contradicciones. La conservación de monumentos ha dado lugar a complejas formas y concepciones de la restauración, rehabilitación, revitalización, etc. Todas estas formas de recuperación incurren necesariamente en multitud de irresolubles paradojas. Veamos algunos ejemplos entresacados de mis datos de trabajo de campo en Betanzos. Si tratamos de restaurar el edificio dieciochesco llamado vulgarmente “Liceo” o para los más cultos el “Edificio Archivo”, nos resultará imposible recuperar su primitiva finalidad como Archivo del Reino de Galicia, función que nunca llegó a desempeñar y tampoco parece sea posible dotarle de la funcionalidad que como cuartel desempeñó en el siglo XVIII o de las funciones de “posta de diligencias” y en parte de cochiguera de cerdos

municipales que en algunos momentos del siglo XIX asumió. Acaba siendo más práctico vaciar por dentro sus paredes y vaciar todo su significado histórico y dejar sólo su exterior como careta estética, evocadora de una finalidad nunca cumplida y de unas etapas históricas recientes, recordadas, en que sirvió de local de sociedades recreativas. De esta forma incurriremos en un tipo de restauración superficial que se ha denominado el “fachadismo”. Dentro de este tipo de planteamiento, podemos visitar el estado actual de un aristocrático palacio del siglo XV. Después de atravesar las arcadas y fachada de aspecto ojival del Palacio de Bendaña, de forma cuadrangular se ingresa en un moderno edificio circular, empleado como sucursal de recaudación de hacienda. En otro caso se trata de salvar tan sólo la semejanza con una desaparecida forma exterior como en el actual edificio de la Caja de Ahorros, cuya forma externa y ventanas evocan la imagen de la fachada de la antigua Capilla de San Roque que en aquel lugar se emplazaba.

Si de los contundentes edificios pasamos al intento de recuperar los viejos nombres de las calles, entraremos en la polémica de si debe elegirse el nombre más antiguo calle de Plateros o uno posterior, calle de Sombrereros. En realidad, nunca se recupera la validez de ninguno de los viejos nombres, dado que el original se correspondía con el hecho de haber allí varias platerías y su sustitución por tiendas de sombreros supuso un cambio de nombre. El nombre actual al adoptar una u otra acepción no adopta en absoluto el espíritu con que estos nombres se formularon, dado que en el momento actual los comercios existentes no son ni joyerías ni sombrererías. O si se quiere recuperar el viejo nombre de “Calle de sobre las huertas del Fuente de Unta”, la calle actual no da sobre ningún tipo de huertas.

En última instancia, si se quiere asumir el paso del tiempo con toda su carga histórica, la solución más correcta suele ser mantener una ruina. Pero conservar una ruina es detener el tiempo, es reforzar y defender y transformar para que pueda mantenerse así. Es cortar su proceso ruinoso. Cualquier intento de retroceder en el tiempo hacia formas anteriores supone necesarios procesos de falsificación. Cuando menos, fijarse en un momento artificial de la historia del edificio, prescindir de muchos de los elementos entonces existentes y construirlo necesariamente fuera del contexto vital, social y cultural que en aquel momento dio sentido a la creación de la obra o a la situación concreta en que aquella obra se hallaba.

Los restauradores tratan de imaginar lo que es legítimo o ilegítimo en el proceso de restauración de una obra, pero en cualquier caso su tarea conlleva ineludiblemente un influjo falsificador de la realidad presente y de las realidades pasadas que se pretende recrear. Se es capaz de unificar de modo fructife-

ro la arquitectura del pasado con la vida moderna las formas de circulación y las costumbres visuales, pero no se puede preservar el significado. Más que conservar los monumentos en un sentido estricto, lo que llevamos a cabo es un proceso de interacción constante entre el presente con sus metas y el pasado que también somos.

Pero volvamos al acuciante problema de cuáles son los límites adecuados de la conservación y comprendamos también aquí sus internas ambigüedades e incoherencias. Indudablemente cuando ponemos límites, preservando determinados monumentos o zonas, estamos simultáneamente menospreciando el valor de aquello que cae fuera de los límites. Cuando destacamos la importancia en antigüedad, en arte o en historia de ciertos objetos, esto parece indicar que los no señalados no merecen ser tenidos en cuenta. Aparte de aquello que la ley defiende, las guías turísticas más minuciosas nos añaden un cierto número de puntos de atención, pero... ¿y los demás puntos? Precisamente fuera de esos límites artificiales suele ser donde con más intensidad se desarrolla la historia humana. Frente a la relativa falsedad, artificio y no pocas veces incongruencia de aquello que admiramos y contemplamos, está la más auténtica realidad de la vida humana. Vida no exenta muchas veces de notables cotas de belleza, desprovistas eso sí de antigüedad.

Nuestra reflexión sobre las circunstancias de la conservación y restauración de algo antiguo nos han hecho detener nuestra atención sobre todo en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, en la construcción de unos límites artificiales que destacan nuestra atención preferente por un determinado tipo de objetos con un menosprecio o falta de interés hacia otros. Segundo, objetos fuera del tiempo presente en que algo no viviente separado del flujo de la historia cobra una vida especial en la historia actual gracias en gran medida a su descontextualización. Límite convencional y extracontextualidad como características más destacadas.

Hay sin duda otra referencia fundamental en este esfuerzo por recoger elementos de aquí y de allá, propio de la conservación y de la museística. Se trata en el fondo de una forma de pillaje. De alguna manera fueron así los primeros cuasi-museos que nos han conservado elementos valiosos de la antigüedad. La Mezquita de Kairuán nos ha preservado en su interior más de 300 columnas romanas. Columnas con las que desposeyeron sus constructores antiguos templos, para hacer el templo de su nueva religión. Son múltiples los ejemplos similares. Los actuales museos no dejan de ser fruto de una suerte de pillaje. Es al menos ésta la impresión que tenemos cuando contemplamos los frisos del Partenón en el British Museum. De una forma más o menos violenta, todo museo nos presenta objetos fuera de su sitio y, hasta en el caso de

aquellos monumentos conservados en su sitio, los presentamos fuera de su tiempo. Son fruto de una u otra forma de pillaje.

Ante esta consideración podemos formularnos una significativa pregunta. ¿No es también nuestra memoria un museo? ¿No es en definitiva nuestra memoria, al igual que el museo, el fruto de un continuado pillaje? El poeta, el científico, el líder político o religioso, el creador da luz al rincón oscuro de su memoria, desempolva el abandonado recuerdo, limpia la pátina de las antiguas vivencias, las coloca con brillo nuevo en lugar exótico y así intensamente descontextualizadas y recontextualizadas surge en su mente, el invento, la poesía, el argumento, la creación de sentido. Su acto original ha relacionado entre sí los elementos, dotándoles de un nuevo contexto y de unos nuevos límites; por tanto, de una nueva forma de hacer sentido. Es, en definitiva, éste, el cometido de nuestra imaginación cotidiana —mezcla de creación y bricolage— y de ella brota la novedad de nuestro quehacer.

Otro aspecto a destacar en este fenómeno es el descomunal esfuerzo y exageración invertida en una preocupación humana que poco o nada tiene que ver con la supervivencia. Sin duda, hay algo de profundamente humano en todo ello. Ese exceso en lo arbitrario, en lo selecto, en lo libremente elegido, parece expresar de forma inigualable la experiencia de finitud de la existencia humana. Es por eso sin duda un campo de especial atención para la penetrante mirada antropológica. En el tremendo exceso del consumismo y del desarrollo tecnológico, una visión miope y falta de entraña antropológica puede engañarse pensando que se trata de una desmedida preocupación por la supervivencia, por el éxito biológico. Puede incluso hablarse de una tendencia mediocrementemente materialista. En mi opinión, todo esto es parcial y en el fondo erróneo. Pero la desmedida pasión por la conservación de este tipo de patrimonio parece especialmente difícil de reducir al interés biológico. Por supuesto que muchos de sus actores persiguen un interés económico. Pero ese interés económico lo logran gracias a quien está dispuesto a gastar “inútilmente” su dinero disfrutando de la contemplación de lo artístico, de lo histórico y de todo aquello que de una u otra forma tiene el sabor de antiguo. Se trata en el fondo de un gigantesco esfuerzo, gigantescamente inútil. Tiene todo el sabor de aquello que está conectado con las más profundas experiencias existenciales.

Nuestro ensayo se ha apoyado en un análisis antropológico de la Historia. *La Historia entendida no como una entidad objetiva, sino como un bien negociable.* Nuestra reflexión ha tratado por varios caminos de realizar la tarea de comparación intracultural. Nuestro estudio de la conservación cultural y natural nos ha descubierto procesos lógicos, formas de entender y de hacer isomorfias con las de otros procesos en el interior de nuestra cultura. Nuestras

formas de espacializar el tiempo, de detener la historia, de desorbitar el contenido de una pasión humana, de destacar límites ambiguos, de descontextualizar y memorizar, parecen tener semejanza con similares procesos aplicados a otras actividades.

Nos hemos acercado así a la contemplación de una cara significativa de este problema. La otra cara de la misma moneda nos haría volver la atención al primer párrafo de nuestro ensayo y recordar que el tema de la conservación cultural tiene en nuestro mundo mucho que ver con el desarrollo tecnológico y comercial, la opulencia y el consumismo, con las nuevas posibilidades de los medios de comunicación, con las distensiones entre globalización y localismo. Tiene evidentemente mucho que ver con el sentir nacionalista y étnico, con la búsqueda de argumentos y símbolos para motivar unidades y con las tensiones entre estos grupos. Es imprescindible relacionar todo esto con el poder, la fuerza de grupos, de minorías intelectuales y partidos políticos, la Historia oficial, las contestatarias y las privadas.

Entre lo uno y lo otro hay que buscar la dinámica que nos permite comprendemos a nosotros mismos en acción social, dentro de cambiantes procesos culturales. Indudablemente la incoherencia, la contradicción interna de nuestros intentos aparentemente intelectuales —y por tanto en nuestro mundo aparentemente científicos— ha quedado manifiesta. No es intento de la Antropología descubrir una lógica impecable de la que ordinariamente estamos bien lejos. Sí es intento de la Antropología hacer inteligible para un ser humano las sorpresas y paradojas existentes en un determinado mundo cultural, incluido el propio mundo en el que el antropólogo vive. Este empeño por conservar lo inconservable, por hacer extratemporal el tiempo, por situar en la historia lo ahistórico, por dotar de contundente permanencia una vida fugaz, nos lleva a preservar pequeños universos bellos y antiguos para nuestra contemplación. En ellos parece remansarse el calor humano de lo que a pesar de todo queremos que permanezca. Todo ello apoyado necesariamente en paradojas, pero como diría Sören Kierkegaard, sólo se puede encontrar el sentido a la vida humana en una aceptación paradójica de lo paradójico.

BIBLIOGRAFÍA

- BOON, J. A.: "Why Museums Make Me Sad", en *Exhibiting Cultures*. Karp, I. and Lavine, S. D. (ed.). Smithsonian Institution Press. Washington, 1991.
- COMAROFF, J. J.: *Ethnography and the Historical Imagination*. Westview Press. Boulder, 1992.

- FABIAN, J.: *Time and the other*. Columbia University Press. New York, 1983.
- FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, J. A.: "Betanzos ciudad: Materialidad, fantasía y lógica del territorio", en *Identidad y Territorio*. Consello do Cultura Galega. Santiago, 1990.
- GADAMER, H. G.: *La actualidad de lo bello*. Paidós. Barcelona, 1991.
- HERZFELD, M.: *A Place in History*. Princeton University Press. Princeton, 1991.
- LEWIS, P.: "Taking Down the Velvet Rope: Cultural Geography and the Human Landscape", en *Past Meets Present*. Blatti, Jo (ed.). Smithsonian Institution. Washington, 1987.
- RIEGL, A.: *El culto moderno a los monumentos*. Visor. Madrid, 1987.
- TUNER, T.: "Etno-Etnohistory: Myth and History in Native South American Representations of Contact with Western Society", en *Rethinking History and Mith*. Hill, J. (ed.). University of Illinois Press. Urbana, 1988.